

MI AMISTAD CON MIKSA SCHACHTER. (1917h).

**Sandor Ferenczi.**

Le conocí en 1898, en circunstancias curiosas. Era yo asistente en el hospital Rókus. Durante más de un año la malquerencia de Kálmán Müller me destinó al servicio de las prostitutas, aunque yo deseaba ocuparme de los enfermos nerviosos. Rogué en vano al director, un hombre duro para sus subordinados, que me liberara a este trabajo que no correspondía en absoluto a mi preparación, pero rehusó secamente. A falta de otro material de observación, efectué experiencias de psicología sobre mí mismo, y, entre otras cosas, traté de descubrir qué parte de verdad había en los fenómenos llamados ocultos. Un día, tras la cena en común, franqueé las puertas siempre cerradas del “pequeño-Rókus” para retirarme a mi pequeña habitación de asistente; ya había pasado la media noche cuando traté de experimentar lo que se llama “la escritura automática”. Los espiritistas hablaban mucho de ella en aquella época, Janet había publicado interesantes observaciones sobre este tema. Pensé que la tardía hora, la fatiga y un poco de emoción, favorecerían el “desdoblamiento psíquico”. Tomé, pues, el lápiz y, sosteniéndolo levemente, coloqué la punta sobre una hoja de papel blanco; estaba decidido a abandonar totalmente el instrumento a sí mismo; que escribiera lo que quisiera. Aparecieron en primer lugar garabatos sin significados, luego letras y algunas palabras (en las que no había pensado), por último frases coherentes. Enseguida conseguí establecer verdaderos diálogos con mi lápiz: le hacía preguntas y recibía respuestas totalmente inesperadas. Con la avidez de la juventud, le pregunté en primer lugar por los grandes problemas teóricos de la vida, luego pasé a cuestiones prácticas. El lápiz hizo entonces la siguiente proposición: “*Escribe un artículo sobre el espiritismo para la revista “Gyógyászat”,¹ a su redactor le interesará.*”

Acababa de llegar de Viena y conocía muy poco la literatura médica húngara. Ignoraba que el “Orvosi Hetilap”² era el órgano de los medios universitarios oficiales e influyentes y “Gyógyászat” un fórum donde un hombre solo, con carácter y voluntad de hierro -Miksa Schachter defendía la verdad y la moral médica contra cualquier ataque, viniera de donde viniera.

Al día siguiente me puse al trabajo y escribí mi primer artículo médico: “A propósito del espiritismo”. Como punto de partida tomé justamente los fenómenos de automatismo observados en mí mismo y desarrollé mi punto de vista -que no ha cambiado aún pero que hoy puedo justificar mejor- sobre que los fenómenos llamados ocultos no tienen nada de sobrenatural y son únicamente las manifestaciones de las funciones psíquicas inconscientes del hombre. Envié el artículo a “Gyógyászat”.

Poco después, Schachter me hizo saber por mi colega Louis Lévy que publicaría mi artículo y me rogó en esa ocasión que le hiciera una visita. De este modo mis experiencias de automatismo fueron el principio de un importante giro de mi vida y fundaron una amistad íntima de muchas décadas.

Es evidente que la ignorancia de la vida médica de la que antes había hablado, sólo era aparente. Algunas notas deslabazadas aquí y allá, algunas indicaciones hechas de paso habían permitido a mi Yo inconsciente estar bien informado para saber dónde debía dirigirse un joven médico autor en busca de verdad cuando

1.- “Terapéutica.”

2.- “La semana médica.”

trata de hallar un apoyo moral.

Pero yo encontré mucho más en Miksa Schachter: una cálida amistad, una familia siempre acogedora donde podía sentirme a gusto y -sobre todo- un modelo inigualable del que debía aspirar ante todo, durante muchos años, a mostrarme digno.

Recuerdo que en aquella época podía yo pasar horas enteras en compañía de uno de mis amigos no médicos ensalzando las cualidades de carácter e intelectuales tan extraordinarias de Schachter, y en primer lugar su puritanismo, tan riguroso para sí mismo como para los demás; me causaba el efecto de un monolito tallado en mármol, sin ninguna falta ni mancha.

Sus ánimos me incitaron a escribir artículos para su revista, no sólo sobre temas médicos sino también sobre problemas generales de política médica; naturalmente, lo hacía un poco a la manera de un discípulo entusiasta; tenía cierta tendencia a seguir sus indicaciones con un poco de servilismo, hasta tal punto que a veces podía aplicárseme el apodo irónico de Schachter-miniatura.

Hoy esta situación está superada desde hace tiempo. Ya no me preocupo más que de temas que atañen directamente a mi profesión. Pero la época maravillosa en que trabajé con Schachter, mano a mano, siguiendo la misma dirección, en un espíritu de comprensión y de apoyo mutuos, es inolvidable. Este período representó para mí una verdadera escuela de formación del carácter.

No tengo la intención de hacer aquí el retrato espiritual de Miksa Schachter; otras personas, más cualificadas que yo, se encargarán de ello. Voy a evocar simplemente algunos rasgos de su carácter que me ha permitido observar el tiempo pasado en su intimidad.

Oigo todavía resonar *su forma de hablar* que, tanto en el fondo como en la forma, era perfecta. Nunca, ni siquiera en la más íntima conversación o bajo el efecto de una viva pasión, admitía ninguna negligencia en su forma de expresarse. Su voz agradable, sus frases amplias, su tono mesurado, hacían de él un orador nato, aunque tuvo buen cuidado de proclamar -aludiendo como de costumbre a su modelo británico- que preparaba siempre cuidadosamente todas sus intervenciones públicas.

Siempre resultaba interesante discutir con él, llegaba a ser incluso un placer. Incluso cuando estaba seguro de conocer mi tema a fondo, conseguía siempre encontrarme un fallo, de tal modo que debía reunir toda mi energía para hacerle frente. Conseguía vencerme con su talento dialéctico incluso cuando tenía yo razón, pero en tales casos cedía rápidamente con una sonrisa, reconociendo que simplemente se estaba divirtiendo en discutir conmigo.

Había, sin embargo, dos puntos sobre los que no bromeaba: la religión y la moral. Y quiso la suerte que sobre ambos me hallara en oposición a él. Era un hombre profundamente religioso que observaba con rigor y hacía observar a su familia las antiguas tradiciones y ritos judíos. En cuanto a mí, ni la influencia familiar ni las inclinaciones o convicciones propias me empujaban hacia la religión; consideraba (y aún lo considero) que la religión es una supervivencia atávica de tiempos ya periclitados, que debe su existencia -igual que las artes- a un determinado estado de ánimo. Únicamente tocamos el tema una vez, pero, cuando me di cuenta de lo penoso que le resultaba este asunto, evité en lo sucesivo la discusión sobre él. Asistía tranquilamente, no sin un cierto placer estético, a numerosas ceremonias de oración a casa de los Schachter, el viernes por la tarde antes de cenar; por su parte, él consideró mi escepticismo con una indulgencia amistosa y nunca intentó convertirme.

Al principio, como he dicho, conjugamos nuestros esfuerzos en un trabajo de purificación moral. Más tarde, bajo la influencia innovadora del psicoanálisis de Freud, me aparté sensiblemente de esta línea de acción para concentrar todo mi interés sobre los mecanismos psíquicos. Naturalmente esto sólo era posible dando pruebas de una ausencia total de prejuicios y tuve que tomar conciencia de que la mentira y la hipocresía en materia de sexualidad no son sólo una amenaza para la salud psíquica sino también un obstáculo para conocer verdaderamente el psiquismo. Schachter no aceptaba a gusto entrar en una discusión tan abierta sobre los temas sexuales y trataba de disuadirme; pero, cuando comprendió que yo me aferraba firmemente a mis principios, no me impidió que los propagara en las columnas de "Gyógyászat". Pude darme cuenta una vez más de que Schachter, a pesar de su conservadurismo, nunca impedía el libre curso del progreso.

Un viaje común realizado a Corfú me permitió conocer a Schachter en su aspecto más amable. Ya es sabido que los mejores amigos acostumbran a disgustarse durante los viajes; sin embargo, nuestra relación se reforzó y se profundizó con la vida común.

Admiraba igualmente la distinción y el tacto de gran señor que sabía imprimir a su comportamiento cuando se hallaba en el extranjero, e incluso en compañía de personas de rango superior. Supo representar dignamente a la clase médica húngara en el extranjero; al anuncio de su llegada -pues durante mucho tiempo acudió a Corfú cada año- los notables de la ciudad acudían para depositar sus tarjetas en su casa; tanto el pintor paisajista del lugar como los comerciantes tenían el placer de tenerle como cliente generoso, lo mismo que los fieles de la pobre sinagoga de la ciudad, a la que nunca omitía una visita para depositar un donativo. Pude constatar en esta ocasión hasta qué punto superaban sus limosnas lo que le permitían sus modestos recursos. Volvía siempre de Corfú con las mejillas radiantes, cargando de un montón de grandes cestos llenos de excelentes naranjas cogidas en el árbol; desbordaba fuerza vital y se parecía a esos frutos meridionales arrancados del sol del mar Jónico. Al regresar a su casa, vivía meses de duro trabajo, bajo un clima riguroso, con las reservas que su cuerpo y su psiquismo habían acumulado en Corfú. Puede decirse que lo que embelleció la vida de Schachter, además de su familia, fue Corfú.

Quiso el azar que me hallase cerca de él en otra circunstancia de su vida, esta vez dolorosa. Me hallaba descansando en “Kurhaus” del Semmering cuando mi pobre amigo, ya muy enfermo, llegó allí por consejo de sus médicos. Los primeros días fue recibido por un radiante sol de invierno; su rostro y su humor se iban restableciendo. Pero las incesantes tempestades de nieve que sobrevinieron le fueron depauperando poco a poco y -sabiendo la suerte que le esperaba- quiso adelantar su regreso a casa. Partió en efecto.

“Un carácter antiguo”, decía oportunamente el médico jefe de la clínica que pasaba día tras día muchas horas acompañándole, degustando su conversación y sus reflexiones prudentes, espirituales, y siempre instructivas, y valorando su espíritu superior que la enfermedad no había turbado.

Aún estaba en el Semmering cuando me llegó la noticia de su muerte. Pero aún sigo siendo incapaz de admitir que lo haya -que lo hayamos- perdido.

(Sandor Ferenczi. Obras Completas, Psicoanálisis Tomo II, Ed. Espasa-Calpe, S.A. Madrid, 1984).

Volver a Selecciones Ferenczianas

PÁGINAS DEL PORTAL ALSF-CHILE

<http://www.alsf-chile.org> - <http://www.biopsique.cl> - <http://www.indepsi.cl>

Contacto: alsfchile@alsf-chile.org.